

## DEL IDOLO AL ICONO.

**Introducción.** Se nos invita a dar pasos en nuestro camino pascual, para que la experiencia de saborear nuestra vida salvada no se quede en momentos emotivos y epidérmicos, que de la misma forma que nos dan alegría y euforia, cuando los compartimos de forma comunitaria y festiva envueltos en emociones a flor de piel, se desvanecen y se apagan con el paso del tiempo. La experiencia del resucitado la podemos integrar en la vivencia cotidiana de nuestra vida. Que el Señor acompañe con su vida y su amor nuestra historia nos capacita para poder vivir sin miedo cualquier circunstancia de nuestro presente y del futuro. Si el miedo a lo desconocido, a la enfermedad, a la soledad, al fracaso, nos deja esclavos de por vida, la presencia de Cristo vivo en nosotros nos tiene que ofrecer una experiencia real de liberación, de salvación, de Paz que nadie nos puede quitar. Cuando el mismo Jesús resucitado se acercaba a los discípulos, su anuncio estaba centrado en su oferta de Paz.

***“El que consagra y los consagrados son del mismo linaje, por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos: Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré, y también: He puesto en él mi confianza, yo y los hijos que Dios me dio. Como los hijos comparten carne y sangre, lo mismo las compartió él, para anular con su muerte al que controlaba la muerte, es decir, al Diablo, y para liberar a los que, por miedo a la muerte, pasan la vida como esclavos”. Heb 2,11-15.***

El miedo a la muerte nos hace esclavos. La conciencia de nuestra fragilidad y desamparo nos hace vulnerables, y el miedo se instala en medio de nuestros días. Y ahí es donde la Palabra se vuelve verdadera revelación. Nuestra vida depende de con quien se comparta y se conviva, puede elevarse y tender hacia el cielo, hacia lo pleno, o hacia la tierra y las preocupaciones de cada día que nos ahogan y nos hunden. Nosotros decidimos qué es lo que ocupa el centro de mis prioridades y de mis mejores afectos. Muchas vidas a nuestro alrededor se consumen

***Lo que Dios nos dice. “Pero si el Mesías está en vosotros, aunque el cuerpo muera por el pecado, el espíritu vivirá por la justicia. Y si el Espíritu del que resucitó a Jesús de la muerte habita en vosotros, el que resucitó al Mesías de la muerte dará vida a vuestros cuerpos mortales, por el Espíritu suyo que habita en vosotros. Así pues, hermanos, no somos deudores del instinto para vivir según él. Pues, si vivís según el instinto, vais a morir; pero, si con el Espíritu mortificáis las acciones del cuerpo, viviréis. Cuantos se dejan llevar del Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y no habéis recibido un espíritu de esclavos, para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos que nos permite clamar Abba, Padre. El Espíritu atestigua a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Si somos hijos, también somos herederos: herederos de Dios, coherederos con el Mesías; si compartimos su pasión, compartiremos su gloria.” Rom 8,10-17.***

No nos acostumbremos a vivir en el temor, en el miedo, en el pensamiento negativo en el que creemos que todo lo malo nos va a pasar a nosotros. Hay personas que en vez de «ocuparse», lo que hacen es «preocuparse». Anticipan los acontecimientos y ya se ven soportando todas las posibles circunstancias, y cuando peor, más fracasadas, mejor se sienten. Antes de que pasen los acontecimientos ya experimentan en sí mismos los efectos de todo lo negativo que les espera. Profetas de desgracias, que confían más en sus análisis apocalípticos que en las promesas realizadas de parte de Dios. La oferta de Paz que nos regala el resucitado es una de las características propias de este tiempo pascual.

***“Hijo mío, cuando te acerques a servir al Señor, prepárate para la prueba; mantén el corazón firme, sé valiente, no te asustes cuando te sobrevenga una desgracia; pégate a él, no lo sueltes, y al final serás enaltecido. Acepta cuanto te sobrevenga, aguanta enfermedad y pobreza, porque el oro se acrisola en el fuego, y los elegidos, en el horno de la pobreza. Confía en el Señor, que él te ayudará; espera en él, y te allanará el camino. Los que respetáis al Señor, esperad en su misericordia, y no os apartéis para no caer; los que respetáis al Señor, confiad en él, que no retendrá vuestro salario hasta mañana; los que respetáis al Señor, esperad bienes, gozo perpetuo y misericordia. Repasad la historia y veréis: ¿quién confió en el Señor y quedó defraudado?, ¿quién esperó en él y quedó abandonado?, ¿quién gritó a él y no fue escuchado? Porque el Señor es clemente y misericordioso, perdona el pecado y salva del peligro.” Eclo 2,1-11.***

Es la confianza en que nuestras vidas están en las manos de Dios lo que nos tiene que hacer vivir anclados en la alegría y en la esperanza. *¿Si Dios está con nosotros, quién contra nosotros?* Vivo con la convicción de que nuestro gran problema es que nos falta fe. Todavía seguimos pensando que somos nosotros los que tenemos que cargar con nuestro esfuerzo el peso de la vida y de sus contradicciones. Y al ver nuestros límites y desvalimientos, nos reconocemos insuficientes para poder llevar a cabo todo lo que son responsabilidades y tareas. Y eso nos hunde en una tristeza que se cronifica. La Pascua es la buena noticia de que nuestra vida está acompañada por aquel que ha vencido a la muerte y a los límites, y nos enseña a vivirlos de forma resucitada.

**Cómo podemos vivirlo.** Dejar la idolatría es dejar de poner la confianza en quien no es más que otro ser frágil como yo. Ni las personas, ni los medios, ni las instituciones pueden ser lo que acaparen nuestra esperanza. Sólo Dios es capaz de tomar nuestra vida y hacerla nueva. Nosotros idolatramos la seguridad, el dinero, el prestigio, la popularidad, el entorno estable y a nosotros mismos, como capaces de llevar el control de nuestra vida. Estamos en el tiempo del icono, de la imagen y semejanza, del contemplar la historia como el lugar en el que encontramos al resucitado que camina a nuestro lado.